

díamos comprar el país. Yo me conozco, Claudio: si Mariluz no me sujeta le parto la cara. Y además, esa tarde, en el otro hotel, ella encontró mi ropa sucia con manchas de carmín y con olor a madreseña y a tabaco, y se coló en la ducha como un policía cuando yo estaba prevenido y me pilló los mordiscos, pero mejor no te sigo contando, me costó semanas, meses, conseguir que me perdonara, y todavía no sé si ha vuelto a confiar en mí.

No oculto que me decepcionó el final tan apresurado de la historia, o más bien su falta algo desaliñada de final. ¿Carecía Abengoa de lo que Frank Kermode ha llamado «the sense of an ending», o se inclinaba, sin saberlo, por esa predilección hacia los finales abiertos que se inculca ahora en los writing workshops de las universidades? Media hora más tarde fue anunciado por los altavoces el boarding para el vuelo a Miami. Como a mí aún me sobraba mucho tiempo, acompañé a Abengoa hasta la gate que le correspondía, y me sorprendió descubrir que notaba cierta congoja al despedirme de él. Viviendo en América hay veces en las que uno se siente, por sorpresa, horriblemente solo. En el último momento, estrechándome largamente la mano, Abengoa me dijo:

—Claudio, ahora mismo te cambiaría ese billete tuyo a Buenos Aires.

IX

Nada se aleja más rápido en el recuerdo que los primeros episodios de un viaje. Llegué a Buenos Aires y el tiempo eterno de mi espera en el aeropuerto de Pittsburgh se disolvió en nada, y los rigores del blizzard y del invierno en Pensilvania se me olvidaron como el sueño de una mala noche cuando me vi caminando por aquellos lugares cuyos nombres bastaban para volvérmelos memorables, porque si no los había visto nunca hasta entonces me eran familiares y queridos a través de los relatos y de la biografía de Borges: vi la plaza Constitución, y enseguida me acordé de la muerte de Beatriz Viterbo con la misma pesadumbre que si esa mujer hubiera existido, como si se me hubiera muerto a mí y no a otro hombre, el Borges homodiegético de ese relato incomparable, *El Aleph*. Al encontrar la calle México me estremeció pensar que ese anciano ciego iría muchas veces por ella camino de la Biblioteca Nacional, donde vivía rodeado de libros que ya no le era posible leer. Por esa ciudad había deambulado Borges envuelto en sombras amarillas: no me parecía

posible que llevara muerto ya ocho años, que yo no pudiera encontrármelo al doblar una esquina, rozando las paredes con una mano temblorosa, despeinado y muy viejo, con aquellos ojos tan ratos y fijos que tenía, imaginando relatos o versos o acordándose de las mujeres que nunca llegaban a quererlo.

Me doy cuenta de que no estoy acostumbrado a que me reciba nadie al final de un viaje. Pero en Buenos Aires, en el aeropuerto de Ezeiza, me estaba esperando cuando llegué mi viejo amigo Mario Said, que tiene una ascendencia tucumana y siria, y que después de largos años en la vida académica norteamericana—incluyendo unos semesters no muy afortunados en Humbert College, donde hicimos una amistad inusualmente cálida para aquellos climas a veces tan ingratos—, volvió a la Argentina, y ahora enseña, no sin cierta melancolía, en la universidad de su provincia, quejándose aún de las intrigas de los Spanish departments, dolido todavía porque le negaron lo que yo ahora estaba a punto de conseguir, el full professorship, el tenure, la plaza fija, como yo le había traducido a Marcelo Abengoa cuando me preguntó, con embarazosa insistencia, por mi situación profesional. Conduciendo desde el aeropuerto hacia la ciudad, Mario reanudó seguida sus quejas antiguas sobre la remota uni-

versidad americana donde había sido rechazado hacía ya varios años, como si el tiempo no le aliviara las heridas.

—Mirá, hermano, por fin me libré de aquella vaina gringa —Mario Said tiene los ojos grandes y muy negros, muy brillantes, un poco húmedos, con la misma negrura del pelo rizado, y la boca carnosa de árabe se le tuerce hacia abajo en un gesto como de pena mediatibunda, como de añoranza sin consuelo de algo—. Ahora no gano un mango, pero no tengo que bajar-me los pantalones delante de ningún cabrón de chairman, como aquel que tuve hace mil años en Lexington, Kentucky, Morini, se llamaba, una serpiente auténtica, hermano, no más dándome jabón, prometiéndome el tenure, y de pronto un día me pareció como que dejaba de verme, y dejaron de verme todos los del departamento, y cuando se juntaron para evaluar-me me tiraron sin compasión al tacho de la basura...

—¿Morini? —sentí una opresión en el pecho, no me atreví a apartar los ojos de la carretera—. ¿Amadeo Morini, uno muy alto, con mucho pelo, con bigote, con un moreno de lám-para?

—Y, el mismo. ¿Lo conocés?

—Ahora es mi chairman.

—La pucha, hermano, la jodiste —el gesto de la boca de mi amigo Mario Said se

convirtió en un rictus trágico: yo apenas me fijaba ya en el paisaje liso y suavemente verde, en los primeros edificios de las afueras de Buenos Aires, no muy distintos, por lo demás, de los de Pittsburgh, con la diferencia de que en Pittsburgh prácticamente sólo hay afueras—. En cuanto le das la espalda te clava un puñal. Si querés un consejo, no le digas que sos amigo mío, no se lo digas nunca.

—Ya se lo he dicho.

—¿Y le has dicho también que ibas a verme en Buenos Aires?

—Como que me pidió que te diera recuerdos, y te traigo una separata suya dedicada...

Atento al tráfico, Mario Said movía la cabeza rizada y aguileña con una pesadumbre bíblica, muy inclinado encima del volante, como un conductor novato. Para no perder del todo el sosiego y los nervios procuré cambiar de conversación, y le pregunté cómo le iba de vuelta en su país, cómo estaba su hija, a la que yo recordaba como una niña seria y callada, de pelo y tez tan morenos como los de su padre, con quien vivía, los dos solos en un apartamento pequeño de Humbert Heights, después de un divorcio muy difícil. Me había parecido una niña triste, irritada por dentro, aislada entre adultos.

—Ya tiene trece años, la Mandy, ya no consiente que la llame Morochita —ahora

a Mario Said se le puso en la cara una gran sonrisa, enseguida velada por el brillo de los ojos bajo los carnosos párpados entornados—. Te la encontrarás por la calle y no la conocés, hermano, algunos me ven con ella del brazo y me toman por un lolitero. ¿Sabés lo malo? Quiere que nos vayamos de vuelta a los Estados Unidos. Allá en Tucumán no hace otra cosa que sentarse delante de la televisión a ver CNN y Cartoon Network y las películas de TNT. Hay que joderse en esta vida, la pucha. Cuando yo era pequeño, en Tucumán, los niños de la calle me llamaban el Turco. Me fui huyendo a España cuando vino el Proceso y allá me llamaban algunos sudaca, o moro, si no me escuchaban hablar. Emigré a los Estados Unidos, nació mi hija y la llamaron la India. ¿Y sabés cómo la llaman ahora las niñas en la escuela? La gringa, la gringuita. Vos por lo menos sos de un solo sitio...

Hacía un otoño suave, con largas tardes doradas en las que más de una vez, y contra mi costumbre, eludí mis obligaciones académicas para pasearme sin descanso, sin hacer nada, sólo disfrutando de la sensación perdida de ir por ahí llevado por la curiosidad y la indolencia, de mirar escaparates, parques, edificios, librerías, mujeres. Mario me llevó a cenar a un sitio italiano, inmenso y populoso, que se lla-

maba Los teatros de Buenos Aires, en el que uno sentía, como una corriente eléctrica, esa agitada vitalidad que le aturde al llegar a Nueva York, sobre todo si se llega desde el letargo silencioso de Humbert, Pensilvania. Nos emborrachamos sin darnos mucha cuenta, exaltados por la alegría tan inusual de estar juntos y sabernos amigos, charlando y caminando hasta muy tarde por calles luminosas y llenas de gente, de cafés, de carteles luminosos de teatros. No saber orientarme en aquella inmensidad era casi una liberación: me guiaba mi amigo, me iba mostrando lugares que se me olvidaban enseñada, me acompañó en un taxi hasta mi hotel y al llegar allí aún nos quedaban ganas de seguir hablando y bebiendo, y tomamos un par de gin tonics en el bar, todo ya un poco borroso, el bar del hotel y Buenos Aires y la cara de Mario Said, el recuerdo de Humbert College y las confusas perspectivas de mi carrera académica.

Mario Said se marchó a Tucumán a la mañana siguiente de mi llegada. Nos despedimos con una gran resaca y con una nostalgia anticipada por las conversaciones, las caminatas y las copas que habíamos compartido, y que nos prometimos reanudar al cabo de no demasiado tiempo, tal vez allí mismo, en Buenos Aires, o en Madrid, que a Mario le gustaba tanto, y donde seguía pensando que tal vez debió

quedarse: siempre me decía que en los años del exilio Madrid le suavizaba las nostalgias de volver, y que caminando por Lavapiés o La Latina, sobre todo de noche, tenía la sensación de que estaba en San Telmo. Nos despedimos con un abrazo antiguo, largo y apretado, tan lento como todos los gestos de Mario Said, que hablaba, comía y bebía muy despacio, como ex-tasiado y a la vez ausente, que partía el pan con las dos manos anchas y morenas tan ritualmente como lo habrían hecho sus antepasados mercaderes o beduinos. Cuando ya había arrancado el coche lo detuvo un momento y asomó la cabeza como para decirme algo que hubiese olvidado:

—Y vos, ¿no te volvés a España?

Me encogí de hombros y no le dije nada, y le hice adiós con la mano hasta que desapareció en el siguiente cruce.

Había pensado asistir esa mañana a la conferencia, pero me dio pereza y me puse a caminar sin propósito, diciéndome que ya me incorporaría después del lunch break, a tiempo de escuchar la ponencia de un profesor Shelter, o Seltzer, que según creo trabajaba en Brooklyn College, y que iba a hablar de la influencia de Borges en la más reciente novela española, cam-po este que no es el mío, pero por el que quizás me conviniera empezar a interesarme.

Paseando ociosamente por Buenos Aires le di la razón al ya borroso Abengoa, a quien había tenido tan cerca durante unas pocas horas de mi vida y a quien seguramente no volvería a ver más: su ojo clínico, como él mismo habría dicho, resultó muy acertado. Me gustaba ver a esas mujeres bellas y enérgicas taconeando por las calles, entrando y saliendo de las tiendas exclusivas de la Recoleta, que, para mi sorpresa, no resultaban menos espectaculares que las de Madison Avenue.

Me sentía raro, exaltado. Hacía cosas que no estoy acostumbrado a hacer. Paseando ese mediodía por la calle Córdoba vi un restaurante que tenía en la puerta una gran vaca disecada, una vaca monumental, saludable, con esa expresión de felicidad budista que tienen las vacas en el campo. Tras el cristal del escaparate se veía una parrilla sobre un fuego de carbones que relucían como las gemas de un tesoro, y encima de ella se tostaban trozos rojos y brillantes de carne, cuartos enteros de animal, como en un banquete homérico. Del interior venía un aroma incomparable de carne a la parrilla y grasa quemada, un humo succulento de gula, de bábaro colesterol, que despertó en mí deseos sepultados hacía mucho tiempo, desde antes de que adoptara los austeros (y también desabridos, a qué ocultarlo) hábitos alimenticios norteamer-

icanos. Consulté la lista de precios y aunque éstos no eran disparatados estaban muy por encima de la mezquindad de mi cuenta de gastos (en ese aspecto, Morini, el chairman, puede ser tan abusivamente tightfisted como un dómíne Cabra).

Iba a alejarme de allí, no sin desconuelo, diciéndome a mí mismo que una de las más insalubres costumbres gastronómicas de España es la de los almuerzos abundantes, pero mis pasos no obedecieron a mi voluntad, y mientras yo me dictaba la orden de continuar el paseo y tomar un sándwich rápido en algún puesto callejero, otra parte de mí, la que había sido hechizada y drogada por el olor de la carne, entró decididamente en el restaurante, que era muy grande y estaba muy animado, se dejó guiar hacia una mesa por un obsequioso camarero de cara y ademanes italianos, que desplegó ante mí una carta forrada en piel auténtica de vaca, en piel entera, quiero decir, con un pelo rubio y suave como el de la vaca disecada del escaparaté. No ignoro que la carne roja es una mina de colesterol y de otras sustancias nocivas, y hace tiempo que perdí la costumbre de tomar vino con el almuerzo, pero aquel día me atreví a tomarme uno de esos steaks maravillosos a los que llaman, algo misleadingly para un español, bifés de chorizo, así como una jarrita ente-

ra de vino italiano, áspero y delicioso, servido oportunamente, cada vez que quedaba media da mi copa, por el amento camarero que me había guiado hasta la mesa, hacia el que acabé sintiendo una simpatía desbordada, una gratitud rayana en la emoción. No tenía esa amabilidad demasiado rápida de los waiters americanos, que lo marean a uno con su solicitud excesiva, de un dinamismo gimnástico, llenándole los vasos de agua helada, sin que uno los pida, preguntándole si everything is OK y al mismo tiempo mirando a otro lado, importunándole para saber si quiere pedir otra cerveza, casi haciéndole pedir más cosas a achuchones. Este camarero porteño no me agobiaba, pero estaba siempre atento a mí, evitándome esa situación deplorable de quien come a solas en un restaurante y alza la mano para pedir algo y nadie le hace caso. Cuando vio que había terminado el inolvidable bife de chorizo me animó a probar como postre el flan con dulce de leche de la casa, que me tomé entero, a pesar de su consistencia y del peso y la hinchazón de mi estómago, tan poco acostumbrado a tales festines. Nada mejor para culminar la comida que un café y un digestivo, aconsejó: me hizo olvidar ese líquido infame al que llaman coffee en América sirviéndome un café muy negro y aromático, y el digestivo que me trajo no era, como yo ha-

bía supuesto, una infusión de poleo o similar, sino una copa diminuta de grappa siciliana, destilada, según él, en el pueblecito de sus antepasados. Justo al probarla me acordé de que Aben-
goa había terminado con un copa de grappa su primera cena en Buenos Aires.

Casi con lágrimas en los ojos (lágrimas de agradecimiento y de digestión, como las de los cocodrilos), me despedí del camarero estrechándole la mano y prometiéndole que volvería, y que si viajaba alguna vez a Sicilia visitaría aquella aldea cuyo nombre, repetido por él y leído por mí en la botella de grappa, ya se me había olvidado. Le dejé, creo yo, una propina principesca, y crucé el gran salón del restaurante hacia la salida procurando avanzar en línea recta entre las mesas y no tambalearme.

Había pensado asistir a la sesión de la tarde de la conference, cuyo momento estelar iba a ser la keynote speech impartida nada menos que por la célebre Ann Gadea Simpson Mariátegui, de Palo Alto, California, que exhibe los apellidos de sus exmaridos como si fueran los trofeos de un guerrero jíbaro, y a la que llaman, no sin razón, la Terminator del New Lesbian Criticism. Su último libro, que me prestó Morini, aconsejándome vivamente que lo leyera («para que veas por dónde van los tiros, como dicen ustedes en la madre patria, siempre

tan belicosos»), se titulaba (*Under*) *writing the female body: Sor Juana Inés de la Cruz/Frida Kahlo/Madonna*» y venía gozando en los Spanish departments de un prestigio (a mi parecer, desde luego) un tanto overrated, pero inatacable. De pronto, en todos los parties, en los almuerzos del Faculty Club, ése era el libro que todo el mundo acababa de leer, y que yo trataba de disimular que aún no había leído.

Tenía tanto sueño que me desplomé en un taxi y casi me quedé dormido en el trayecto hacia el hotel. Me eché en la cama, calculando que tendría tiempo para una catnap de veinte minutos o media hora antes de irme a la lectura de Simpson Mariátegui, que se titulaba, por cierto, según leí en el programa, *From Aleph to Anus: Faces (and feces) in Borges. An attempt at Postcolonial Analysis*. Sentí placenteramente cómo me iba deslizándose hacia el sueño, bien ahído de comida, de vino tinto, de café, de grappa, en un estado de beatitud física que me hizo acordarme de la cara colorada y la barriga prieta de mi fugaz amigo Marcelo Abengoa, acordarme o soñar con él, que me contraba algo, aunque yo no distinguía bien sus palabras, había comido y bebido demasiado...

No me desperté a tiempo de ir esa tarde a la conferencia, pero a la mañana siguiente, cuando acudí por fin a ella, la ilusión de haber

sido invitado empezó a convertirse en un sentimiento de incomodidad, hasta de un poco de fastidio, como si yo no tuviera mucho que hacer allí ni en realidad me uniera nada con la mayor parte de las personas con las que me cruzaba, aunque exteriormente era idéntico a casi todas ellas, distinguiéndome apenas por el nombre que llevaba en el badge plastificado de la solapa. No me enteraba de una gran parte de las cosas que escuchaba, aunque entendiera perfectamente las palabras españolas o inglesas en que se decía, y estuviera ya muy habituado a casi todas ellas. Después de asistir a tantas conferencias y seminars, aquélla fue la primera vez que me di cuenta de algo muy curioso: todos los scholars, aun hablando idiomas diversos y viniendo de varios continentes, repetíamos siempre el mismo gesto durante la lectura de nuestros papers, e incluso después, en las charlas de pasillo o en los comedores: cada vez que queríamos indicar que citábamos algo, que lo entrecomillábamos para ponerlo en duda, extendíamos los brazos a los costados para dibujar en el aire, con los dedos índice y corazón de cada mano, el signo de las comillas, como si las puntas de los dedos rascarán o aletearan brevemente en el vacío.

Mi paper sobre narratividad e intertextualidad en el soneto *Blind Pew*, además, no me

tocó leerlo en la sesión plenaria, tal como estaba scheduled. Por culpa de una confusión, de un malentendido achacable a la falta de seriedad (tan latina) de los organizadores, fui desplazado a un aula marginal y a una hora imposible, las ocho y media de la mañana del último día. Mi nombre atrajo una exigua audiencia de cuatro personas, pero cuando me situé delante del lectern y me puse las gafas para empezar a leer noté que había entrado un quinto espectador. Se me atragantó el primer carraspeo de cortesía: quien había entrado era, para mi sorpresa y mi infortunio, Ann Gadea Simpson Mariátegui, a quien reconocí por sus fotos, porque nunca, hasta aquel día desdichado, la había visto in the flesh. ¿Cómo era posible que ella, la diva de la Conference, hubiera madrugado para molestarse en asistir a la lecture de un casi don nadie? Pero yo soy muy torpe o muy perezoso para sospechar, y en aquel momento no se me ocurrió hacerme con demasiado ahínco esa pregunta.

Leí, muy nervioso, con la boca seca, sin atreverme a desplazar la mano hasta el vaso de agua y a llevármelo a los labios, porque temía que se me notara mucho el temblor, que se me derramara el agua. A Simpson Mariátegui no me atrevía a mirarla: de vez en cuando buscaba la mirada de una chica joven sentada en la primera fila, bastante fea, con gafas grandes, pálida,

da, con el pelo color de paja sin brillo, con las mejillas un poco abruptas de acné. La veía mover la cabeza aprobadoramente hacia lo que yo decía, tomar notas, empecé a sentir hacia ella una mezcla muy rara de lástima y de gratitud. Tras un tiempo eterno terminé mi exposición, sonreí, con la sonrisa tonta y rígida del miedo, me quité las gafas, agradecí una o dos palmas anémicas, producto de la temerosa efusión de la señorita de la primera fila.

Al principio me pareció que escaparía a salvo. Pero el silencio de Simpson Mariátegui era ese instante de inmovilidad en que la fiera entona sus músculos para saltar sobre la presa inerme.

Alzó la mano, se puso en pie, mordiendo la punta de un bolígrafo, punta que luego volvió hacia mí en un gesto no muy distinto del de apuntar una pistola. Me aplastó. Me humilló. Me sumió en el ridículo. Me negó el derecho a hablar de Borges, dada mi condición de no latinoamericano. Me acusó de alimentar la leyenda de Borges, ese escritor elitista y europeo que dio la espalda a las genuinas culturas indígenas latinoamericanas. Me recordó, citándose con desenvoltura a sí misma, su celebración ecuación Europe=Eu/rape. A esas alturas la chica de los granos, mi oyente fervorosa, bajaba la cabeza cuando yo buscaba un poco de ayuda